

Entrevista

Título: Construir un objeto de estudio. Algunos recorridos

Gabriela Sabulsky

Directora del Sistema Institucional de Educación
a Distancia de la Universidad Nacional de Córdoba.

Por Mariana Tosolini y Rocío Arrieta

Entrevistamos a Gabriela Sabulsky, Directora del Sistema Institucional de Educación a Distancia (UNC). Gabriela es magíster en Multimedia Educativa, profesora adjunta en la Escuela de Ciencias de la Educación (FFyH-UNC), directora alterna de la Maestría en Procesos Educativos mediados por tecnologías, del Centro de Estudios Avanzados (FCS-UNC) y coordinadora pedagógica del Área de formación docente y producción educativa de la Facultad de Ciencias Económicas (UNC).

Entrevistadora (E): ¿Desde cuándo estás trabajando sobre estas temáticas vinculadas a la tecnología?

Gabriela (G): Mi trayectoria en relación con la temática de investigación está muy ligada a mi trayectoria personal y a eventos coyunturales. Cuando estaba terminando mi carrera en Ciencias de la Educación, la única orientación que se abrió fue la de tecnología educativa. En ese momento, la figura de Edith Litwin era clave en la construcción de este campo teórico, y nos contagió, a quienes nos formamos con ella, a pensar la tecnología educativa como una oportunidad para revisar y recrear las prácticas de enseñanza. Esto fue en un contexto cultural y académico en donde las tecnologías eran muy discutidas.

Las tecnologías aparecían entonces como una impronta instrumental y se veían como algo foráneo que de algún modo venía a imponer su lógica a las instituciones educativas. Esa externalidad con la que se vivió durante la década del 90 e inicios del 2000 dejó su huella hasta el presente. Sólo el escenario que abrió la pandemia pudo modificar esa relación con las tecnologías en el ámbito educativo. En ese contexto tan complejo, las tecnologías entramaron de tal manera nuestras vidas que dejaron de pensarse como algo fuera de nosotros, pero esa externalidad le costó mucho al sistema educativo, porque siempre se las pensó como algo que podía no estar en las prácticas. Porque, en última instancia, venían desde fuera, como una

imposición. Sin embargo, la formación con Edith hizo que nosotros pudiéramos pensar la tecnología desde otro lugar.

En la década del 90, además, yo me incorporo al Departamento de Educación a Distancia de la Facultad de Ciencias Económicas, y ahí empiezo a trabajar sobre temas de tecnología educativa. Las tecnologías eran el teléfono con cable y el material impreso. En aquellos tiempos, discutimos acerca de cómo entender las tecnologías al servicio de la Educación a Distancia, pensando en diseños que permitieran la inclusión educativa y distanciándonos de modelos conductistas, en auge en otros contextos.

La década del 2000 es una década bisagra, a nivel personal, me invitan a participar en la Facultad de Filosofía y Humanidades (UNC) para poner en marcha el Área de Tecnología Educativa, en base a un proyecto elaborado con Joana Sancho Gil, quien había visitado nuestra universidad un tiempo antes; a nivel social crecía la revolución de los dispositivos cada vez más accesibles y la mejora gradual de la conectividad. Por aquellos años, la fuerte presencia de Microsoft y el uso utilitario parecía ser la clave de la alfabetización digital.

Fue por aquellos tiempos que empezamos a recorrer el camino de la tecnología como ayuda y como complemento de la presencialidad, en todos los niveles del sistema educativo. En la universidad, empiezan a surgir las plataformas educativas que con recelo se comenzaban a nombrar como aulas virtuales, justamente, por la necesidad de trasladar lo que sucedía en la presencialidad a la virtualidad; la idea era cómo se podía reproducir el espacio presencial. Entonces el aula virtual tenía que ser cerrada, tenía que garantizar que la gente que entrara ahí fueran solamente los que eran alumnos, o sea, las cuatro paredes del aula había que trasladarlas al entorno virtual. La década del 2000 para mí es la década en la que comienza a instalarse esto, por lo menos en el ámbito universitario. Yo entiendo que la Educación Superior en la provincia de Córdoba tuvo quizás otro recorrido y fue a través de la plataforma E-ducativa.

Además de esta situación coyuntural, yo me planteaba la necesidad de encontrar desde la didáctica cómo dar respuestas más creativas en nuestras prácticas de enseñanza. La tecnología, a partir de la década de 2010, en nuestro contexto, empezó a ser cada vez más omnipresente: de la computadora de escritorio pasamos a las *notebook*, de allí al celular, y más adelante llega el Programa Conectar Igualdad. Los dispositivos se fueron haciendo cada vez más accesibles y los desarrollos tecnológicos, las aplicaciones, los recursos y las plataformas se fueron abriendo al uso más libre y gratuito. En este contexto, las tecnologías empiezan a aparecer en el escenario de la didáctica como una posibilidad de pensar nuevas estrategias que no solamente venían unidas a nuevos recursos, sino básicamente a nuevos lenguajes. Aparece lo audiovisual, el sonido, la posibilidad de lo hipertextual como medios, posibilidades de pensar las prácticas de enseñanza con todo eso adentro; desde ese lugar, yo llego al campo de la investigación. Entonces, mis preocupaciones siempre tuvieron que ver con cómo los docentes se apropiaban de estas tecnologías para enseñar, pero, por otro lado, cómo esas enseñanzas realmente recuperaban usos genuinos de la tecnología.

Nuevas tecnologías y prácticas docentes

E: Tu recorrido nos fue mostrando cómo se reconfiguraron algunas cuestiones en relación con qué tecnologías había disponibles y qué discusiones se van generando en los escenarios educativos y las prácticas. ¿Podés explainarte en eso? ¿Y cuáles son las discusiones actuales en los escenarios educativos?

G: Yo creo que tanto en las prácticas como en los debates teóricos estamos en una zona de mucha incertidumbre. Puedo pensar esta pregunta en dos sentidos. Por un lado, está el mundo académico, y por el otro, el mundo de la práctica. A veces están juntos, a veces no. Desde el punto de vista del mundo académico, reconocemos que hay un tiempo bisagra que es la pandemia con la virtualidad. En la enseñanza remota, hay un antes y un después. Entonces digo, desde el escenario de pandemia y pospandemia, qué pasó con el mundo académico desde mi visión recortada: el año 2020 fue un año de sobrevivir, de ver qué se hacía; incluso en términos de investigación, recién a fines de 2020 uno empieza a encontrar algunas sistematizaciones. Pero ya en 2021, explota la cantidad de estudios de corte más cuantitativo, que muestran qué se hizo, cuántas aulas virtuales se abrieron, cuántos estudiantes conectados, cuántos con computadoras, cuantos sin, o sea, un montón de estudios de corte más cuantitativo que trataban de describir la situación que se estaba viviendo. No hablo solamente de nuestro contexto argentino, sino a nivel mundial.

Hay muchos estudios que se dedican justamente a ver qué se produjo, y un poco a la conclusión que llegan es a esto, a la cantidad de estudios cuantitativos que describen lo que pasó, pero que no necesariamente pueden explicar lo que pasó. Entonces, en 2021 ya hay producciones que son reflexiones de lo que pasó durante la pandemia, y ahí intentan plasmar preguntas, cuestiones que tenían que ver con imaginar cómo iba a ser la vuelta a la presencialidad y qué cuestiones habíamos aprendido en este tiempo que debían ser pensadas como una oportunidad para la vuelta. Pero a la vez, emergen un conjunto de preguntas que interpelaban acerca de si todo había sido “tan maravilloso” como nos creímos en el primer año. En 2020, suponíamos que habíamos logrado un montón de cosas porque sobrevivimos a la pandemia y porque logramos la continuidad pedagógica. Sin embargo, en el año 2021 había una mirada crítica respecto a quiénes habían quedado en el camino, si la calidad de lo que estábamos proponiendo era realmente la calidad formativa que buscábamos y qué cuestiones se perdían con la virtualidad. De esa manera, se sostiene la idea de una “presencialidad imperfecta” que algunos trabajan como concepto, que pone en discusión la idea de la ciudadanía, la pertenencia institucional, qué pasa con los cuerpos y las subjetividades, todo esto mediado absolutamente por la virtualidad.

E: Claro, la desigualdad es otro eje que se puso en el escenario.

G: Sí, exacto. Las desigualdades con la virtualidad quedaron más explicitadas que antes y generaron mucha deserción, mucha pérdida; la desigualdad también se expresó en términos de la formación docente, de los recursos disponibles en las escuelas, entre otros. Eso yo creo que más o menos empieza a florecer en 2021 en el campo académico, por eso yo hago esta diferencia, en el campo académico. Creo que en la práctica, en 2021 estábamos todos trabajando en pos de cómo iba a ser esa vuelta a la normalidad, a la supuesta “normalidad”, y lo que significó para todos en los distintos niveles. Por ejemplo, la implementación de las

burbujas, que fue un trabajo laborioso, desgastador y que dejó traducir, en lo que hace al ámbito superior y al ámbito universitario, que la vuelta no iba a ser igual, no íbamos a volver a 2019. ¿Por qué? Porque básicamente los estudiantes no volvieron, o sea, nosotros en la universidad, y supongo que en los institutos de formación docente también, soñábamos quizás con que se decretaba la presencialidad e íbamos todos a volver a las aulas, a recuperar aquello que supuestamente habíamos perdido.

Sin embargo, eso no pasó, y ahí es donde aparece el tema de la reconfiguración, que a mí me parece que es tan necesario y tan importante mirar: ¿por qué no volvieron?, ¿quiénes volvieron?, los que vuelven ¿a qué vuelven?, ¿qué buscan, qué esperan? Y no podemos pensar esto unilateralmente; creo que los estudiantes que no volvieron pudieron optar o decidir en algunos casos. En el caso del docente, era su trabajo, y si le decías volver a la presencialidad, tenía que volver, no tiene margen para elegir, porque están las regulaciones que definen que el docente tiene que volver a dictar una cantidad de horas presenciales o, como ahora, una semana virtual, otra presencial, pero el docente se ajusta a un dispositivo y no necesariamente decide. Los estudiantes ponen en tensión estas prácticas del modo más explícito, porque manifiestan de diferentes modos, y quizás con mayores grados de libertad, qué es lo que pueden hacer y qué es lo que necesitan.

Quizás ahí hay un proceso de reconfiguración que todavía no lo tenemos absolutamente claro, no sé hasta qué punto es necesario tener claridad de todo, pero como diría un colega que escuché en una charla de inteligencia artificial, Javier Blanco, él decía: todos pensamos que estamos en una transición “hacia”, y ya llegamos a un lugar, el lugar es hoy, no podemos pensarnos todo el tiempo en transición “hacia”, hoy estamos donde estamos y el desafío es cómo entender ese presente. Ese presente para mí es un presente que se ha reconfigurado, hay otros modos por donde hoy circula la enseñanza y el aprendizaje, que ponen en tensión esa vuelta 100 % a la presencialidad.

E: En el nivel superior no universitario, volvimos de hecho con la modalidad combinada y distintos tipos de combinaciones de presencialidad y virtualidad.

G: Claro, ese es un modo de reconfiguración que viene desde un marco regulatorio, de una norma. Una normativa que instala un conjunto de prácticas. Lo que pasa es que en las instituciones va tomando diferentes formas en función del tipo de institución, los actores que están interviniendo, los campos disciplinares. Entonces, una norma establece un parámetro, pero esa reconfiguración se va dando al interior de cada instituto y de cada espacio curricular. Y a mí eso es lo que me parece interesante para ver, que quizás antes también sucedía, pero la presencialidad en tanto modalidad convencional de pensar la enseñanza y el aprendizaje instalaba una cierta homogeneidad, de hecho instaló la homogeneidad dada por estrategias didácticas bastante regulares en la comunidad académica. Entonces, la presencialidad estaba condicionada por ciertas tradiciones académicas: la clase expositiva, el trabajo grupal.

Para mí, hay dispositivos didácticos que hoy en estos escenarios se resignifican: ¿qué pasa entonces con la clase expositiva?, ¿qué pasa con el trabajo grupal en una clase?, ¿qué pasa con los trabajos de producción de los estudiantes? Son dimensiones de la práctica que hoy

también se ven alteradas por estos formatos combinados. Por ello, la reconfiguración no es solamente si yo voy a la institución o me quedo en mi casa, sino que para mí la reconfiguración es a nivel de prácticas. Hay una frase que a mí me gusta –dentro de las cosas que me gustan de los documentos del Consejo Interuniversitario Nacional (CIN) de este último periodo– que dice “pensar lo híbrido como un punto de llegada”, y a mí me gusta porque eso tiene que ver con la reconfiguración de nuestras prácticas que son híbridas. ¿Qué quiere decir híbridas? Que están atravesadas. No híbridas en el sentido de pensar que hay dos grupos simultáneos, lo físico y lo digital.

Lo híbrido como un punto de llegada significa que todas nuestras prácticas son híbridas y que están atravesadas por entornos materiales como puede ser un aula, un espacio físico con un pizarrón, y los estudiantes compartiendo las cuatro paredes, eso como entorno material. Pero que en ese mismo entorno material están circulando tecnologías, dispositivos, puede proyectarse una película, o pueden estar participando en una red social, o los y las estudiantes están en el aula produciendo en un documento colaborativo, entonces en ese mismo espacio confluye todo: lo físico, lo digital, lo sincrónico, lo asincrónico. Cómo de la misma manera uno puede llevar esto a los espacios de virtualidad, entonces en los espacios de virtualidad aparece esta idea de la presencialidad remota. La presencialidad remota es esto que estamos haciendo hoy acá: nuestros cuerpos mediados por una pantalla, que no es lo mismo que la presencialidad asincrónica, esto de estar, por ejemplo, en un foro discutiendo; y eso sucede en una misma semana que supuestamente es virtual: tenemos esto, tenemos lo otro, y es ahí donde a mí me parece que sucede la reconfiguración de las prácticas.

E: Qué interesante lo que planteás para pensar los escenarios de enseñanzas y de aprendizajes, porque a veces los pensamos binariamente. Nosotros tenemos una semana de presencialidad y una de virtualidad. Y esto que vos estás planteando de lo híbrido nos hace repensar esa idea binaria que tenemos.

G: Yo pongo el ejemplo de la Facultad de Ciencias Económicas, porque es ahí donde yo más intervengo en estos temas. Cuando terminó la pandemia en 2021, a nosotros nos llama la decana de la facultad y nos dice ¿cómo seguimos?, ¿qué hacemos ahora?, ¿volvemos al punto inicial de 2019?, ¿volvemos como si no hubiera pasado nada?, ¿o hacemos algo de tal manera que no se pierdan algunas de las cuestiones que fuimos capaces de hacer en la virtualidad? Lo que está claro desde antes de 2019 en la Educación Superior en general es que los modos, las prácticas, los formatos a través de los cuales se brinda la enseñanza están un poquito cuestionados. No podríamos decir que nada de eso servía, ni mucho menos, había mucha cosa valiosa ahí, pero también había mucho desanclaje, mucha lentitud en relación con tratar de incorporar algunos cambios en términos de cómo incorporar a los estudiantes que no pueden asistir diariamente a clase, cómo permitir otros modos y ritmos de trabajo sin que con esto vayamos a pensar que es la lógica del mercado la que debe instalar las prácticas educativas; cómo nos movemos para poder pensarnos en un proceso de transformación. A partir de 2020, la pandemia trae cambios abruptos, y bueno, ¿cómo volvemos?

Desde la Facultad de Ciencias Económicas sacamos una norma que proponía lo que de algún modo iba a pasar. En aquel momento, dijimos: vamos a ir por el modelo 70/30, que tenía que

ver con que los planes de estudio permitían un 70 % de presencialidad y hasta un 30 % de virtualidad. Entonces yo creo que, en el caso de los institutos formadores, este formato combinado de algún modo también viene a resolver una necesidad: ¿cómo volvemos después de lo que hemos transitado? Recuperemos algunos aprendizajes, algunas cuestiones que supimos conseguir y que supimos valorar, y cómo lo empezamos a instalar y a trabajar. Como toda transformación, y esto lo dice García Canclini, toda migración de un estado a otro, todo proceso de transformación significa muchos dolores. No es que no duela, no es que nada se pierda, sino que hay dolores, porque hay cambios, hay cosas que ya no van a ser como antes, hay cosas que se pierden, pero hay otras que se transforman. Y en ese movimiento que estamos haciendo, yo entiendo que haya mucho dolor, porque nos saca de nuestra zona de confort, nos lleva a otro lugar, un lugar que es nuevo, que hay que construir, que no tiene una tradición que nos ampare, sino que hay que descubrir qué hacemos ahora con esto, y eso para mí implica siempre algún tipo de sufrimiento. Pero tiene la posibilidad de correr del lugar del confort, del aburrimiento y –de algún modo– de la desprofesionalización del rol docente, porque si no, es un rol que en algún punto llega a instalarse en un lugar rutinario, que nos deja sin capacidad de descubrir qué somos capaces de hacer. Para mí, la pandemia dejó claro que los docentes son capaces de inventar muchísimas cosas, muchísimos escenarios, muchísimas formas de vincularnos con los estudiantes y con los territorios. Hubo un despliegue de prácticas que yo sufro pensando que todo eso se haya perdido.

Desafíos de la formación docente en los nuevos escenarios educativos

E: En estos escenarios de reconfiguración de nuestras prácticas educativas, ¿cuáles creés que son los desafíos en la formación docente? ¿Cómo preparar a los y las docentes frente a lo que nos pasó y nos pasa?

G: La primera reflexión que me surge es que quienes estamos dedicados a la formación tenemos que hacer un replanteo respecto a qué pasa con la formación docente. La formación docente continua, desde mi punto de vista, no impacta necesariamente en las prácticas, o sea, no hay una línea directa entre la formación en los formatos clásicos que tenemos y la transformación de las prácticas. A mí me parece que primero tenemos que pensar qué formatos de formación son ahora los más adecuados. Esto lo digo con mucha autocrítica; una de las cosas que está pasando en la formación docente, por lo menos en el ámbito universitario, es que los docentes prefieren no asistir a una capacitación y prefieren hacer un *meet*. Si vos das la posibilidad de que el curso sea presencial o híbrido, el docente se queda detrás de la pantalla.

Yo rescato las experiencias que tengan que ver con la capacitación en servicio situada, esta posibilidad de que los docentes se reúnan con especialista o sin especialista a tomar problemáticas de su propia práctica y pensar colectivamente qué tipo de estrategias, abordajes, problemáticas están teniendo que resolver; aunque es difícil, si la institución no prevé esos espacios, que los docentes dispongan de tiempos para este tipo de actividades. Yo creo fundamentalmente en los espacios de construcción colectiva, porque si hay algo que a mí me parece que nos ofrecen estos escenarios, es que necesitamos acuerdos con nuestros

colegas para trabajar en conjunto. No es que antes no los necesitáramos, pero el formato que estaba instalado es: vengo trabajando con una modalidad, lo puedo hacer desde mi aula, lo puedo sostener solo, nadie se va a meter en mi aula a mirar cómo estoy trabajando en general.

Hoy en este escenario emergente, nos reconocemos noveles, partimos todos de un nivel de ignorancia, de decir, ¿de qué se trata esto? Esa pregunta nos abre la puerta a poder pensarla colectivamente, lo que no quiere decir que esto sea fácil, porque además somos sujetos sociales que vivimos en un contexto extremadamente individualista, un contexto donde la construcción colectiva está atravesada por otras lógicas, la lógica que tiene que ver con que cada docente está en múltiples tareas y trabajos para poder sobrevivir. Además de hacer su tarea de docente, tiene que investigar, publicar, está atravesado por esta súper demanda laboral, que nos resta tiempo para pensar en formas de encuentro... Pero a mí me parece que en este escenario emergente tenemos más preguntas que certezas, reconocemos que hay que tomar decisiones que antes no tomábamos. Por eso, soy optimista, y por eso, creo que aunque tengamos problemas y aunque haya déficit, siempre será mejor que lo que teníamos. Creo que lo que teníamos antes tampoco era tan bueno, lo que pasa es que no lo mirábamos y no lo evaluábamos. Yo siento que este escenario nuevo tiene la fortaleza de poder ser repensado, y eso requiere de una mirada colectiva. Hoy tenemos una normativa: en el caso de ustedes, dice una semana virtual y una semana presencial; creo que es un paso, o bueno, a lo mejor otras instituciones lo toman de otra manera...

E: Claro, cada institución fue decidiendo, pero sí ha habido un escenario de virtualidad y presencialidad necesariamente en todas las instituciones.

G: Fíjense qué interesante que cada institución pudo ir definiendo, eso a mí me parece valioso, porque ahí ya hay una mirada del campo epistemológico, o sea, disciplinar. No es lo mismo formar docentes de nivel inicial que formar tecnólogos, o sea, hay realidades distintas, necesidades distintas del campo disciplinar, pero también de la población que asiste a esos institutos a formarse. Yo creo que ahí hay un punto que para mí suma: pensar la formación docente con clave de la heterogeneidad, qué necesitan unos y otros. Creo que en algún momento, si esto avanza en una línea en la que se va reconstruyendo esta modalidad como una nueva normalidad, va a llegar un momento –si no es que ahora sucede– en que un docente diga “che, yo la semana virtual, quiero hacer tal cosa. Lo que voy a hacer esta semana virtual va a condicionar la semana presencial. ¿Quién de mis colegas puede sumarse a esta semana virtual con esta actividad para poder después proyectar?”; “la semana presencial quiero que vayamos a visitar esta muestra de arte”, bueno, esta muestra de arte la podemos tomar desde esta disciplina, desde estas otras, y a partir de ahí, entrar a articular experiencias comunes.

A mí me parece que es un ámbito en que estas cuestiones podrían fluir más fácilmente. Hoy por hoy quizás no se puede, porque eso requiere mucha organización institucional, y creo que las instituciones, en este sentido, tienen que reaprender nuevas formas organizativas. Entonces hoy cada institución está decidiendo qué semana es virtual, qué semana es presencial, si se acumulan o se hace alternancia. Después va a llegar un momento en que quizás sean los propios docentes quienes decidan cuándo es mejor una instancia virtual y

cuándo una instancia presencial. Para eso hace falta una institución que acompañe, quizás hoy no están dadas las condiciones, pero si esto va migrando, si esto va transformándose, debería llegar un momento en donde los formatos combinados estén definidos por las necesidades didácticas de los procesos que uno quiere promover y no por marcos regulatorios. Yo entiendo que hoy son un paso necesario para ordenarnos, pero puede llegar a haber otras transformaciones que se den más a nivel de las prácticas.

E: Pensando en lo que decís, creo que, en los institutos, la organización de esta modalidad combinada estuvo más vinculada a un criterio organizativo por la novedad; entonces hoy, uno de los desafíos es que la organización de estos escenarios híbridos también se base en criterios pedagógicos.

G: Bueno, hay como una dimensión organizativa que es esto: una semana sí, una semana no; pero esto debería dar lugar después a que la hibridación la definan más las necesidades pedagógico-didácticas que lo organizativo. Pero yo entiendo que desde la gestión esto es muy complejo, y que hay que empezar por algún lado, ¿no?

Respecto a qué es lo que debería ser parte de la formación: la formación es forma-contenido, entonces, los formatos tradicionales de formación hoy no nos estarían resultando, desde mi punto de vista, muy efectivos. Entonces, para mí, hay que innovar en formatos de formación. Pero, por otro lado, respondiendo un poco más a las preguntas del qué, qué contenidos, bueno, ahí yo tengo algunas inquietudes que me parece que es necesario entrarle a la formación. Para mí, no es una formación técnica la que necesita el docente, yo creo que ya en la época de la pandemia se dio cuenta el docente de que cuando necesita algo, una herramienta, puede buscarla, puede pedir ayuda, puede por ensayo y error empezar a tratar de usarla, y también quedó claro que somos capaces de hacer cosas con tecnología aun sin muchos recursos, y también quedó claro que si tenemos gente que nos ayuda, la producción es mucho más interesante, o sea, también es cierto que no todos pueden producir lo mismo, y que el trabajo interdisciplinario en la producción de recursos educativos le da un valor agregado muy importante. Pero bueno, en el caso de los institutos, yo sé que no cuentan con esa interdisciplinaria, con esos equipos de soporte. Sí creo que para ir avanzando en los formatos combinados que incluyen el uso de entornos de aprendizajes y recursos digitales, sería necesario que las instituciones cuenten con equipos de apoyo a la docencia, porque el docente no tiene por qué saber sobre cómo diseñar entornos educativos, amigables, inmersivos, donde el estudiante tenga ganas de entrar a buscar lo que necesita, que cuando entre lo encuentre... Para eso se necesitan equipos. Y esos equipos, en la medida de lo posible, sería bueno que sean interdisciplinarios, porque es bueno lo que nos puede brindar un comunicador, un pedagogo, un tecnólogo, un diseñador gráfico, para pensar también en cómo producir esos entornos.

E: Que son otras formas de ver el contenido, de presentarlo, de construir un contenido nuevo...

G: Y por supuesto que ahí se amplían las posibilidades, porque hoy lo que las tecnologías nos ofrecen son cuestiones que amplifican la posibilidad, diversifican las fuentes. Ahora, todo

eso, con la mirada del docente, puede ser presentado de un modo que permita traducir una propuesta de enseñanza acerca de esos contenidos. Entonces, no es enviarlos a los estudiantes a que consulten sitios web, eso es una posibilidad, pero también sería muy interesante que el docente se anime a dar un paso hacia lo que es el diseño de contenidos digitales, que seguramente ese docente va a sumar toda su experticia de lo que el diseño de materiales para la enseñanza viene haciendo, como crear guías, materiales de lectura, o sea, todo eso el docente lo viene haciendo. ¿Qué se suma en este entorno? Se suma que eso se puede traducir a múltiples lenguajes, a modos de interacción con ese contenido, interactividad con el material, que el docente puede seguramente pensar junto con otros, y eso hace a la calidad también de lo que se pueda producir.

Entonces, ¿podemos salir con lo que podemos hacer? Y sí, pero si contamos con equipos que nos ayuden, que nos acompañen, seguramente lo que va a salir será más rico y más interesante para nuestros estudiantes. Porque, también debo decir que el estudiante es un estudiante que hay que traccionar a estos escenarios combinados, hay que amigar, porque el hecho de que el estudiante no quiera volver a la presencialidad no quiere decir que se encuentre cómodo en la virtualidad para pensar realmente su proceso de aprendizaje. La no vuelta tiene que ver, en algún sentido, con cómo se va acomodando la posibilidad de su formación a sus condiciones de vida, y también tiene que ver con que muchas veces en los escenarios presenciales suceden cosas que no valen la pena el esfuerzo del traslado, el costo económico, porque a lo mejor, si es una clase expositiva, el docente la puede grabar. También es cierto que en las clases hay preguntas, hay intercambios... Una clase expositiva puede ser una muy buena clase expositiva, pero muchas veces el estudiante siente que en esos espacios no aprovecha el esfuerzo que le significa estar ahí. Y entonces él cree que eso se puede reemplazar fácilmente por una instancia virtual.

Cuando como docentes empezamos a pensar qué esperamos del espacio virtual, y esperamos más cosas, ahí decimos que tenemos que sumar a nuestros estudiantes a la virtualidad, mostrarle que en la virtualidad tiene que ser un sujeto protagónico, que para que sea realmente presencialidad remota no basta con prender la cámara y tener el micrófono habilitado, sino que la presencialidad remota significa un hacer por parte del estudiante. Eso también es un aprendizaje para ellos, para lo cual muchas veces tampoco están en condiciones ni convencidos de poder hacerlo. Ahí también hay sufrimiento, hay dolor y hay una mutación que hay que acompañar.

E: Vos decías hace un momento que los desafíos de la formación docente no los estabas centrando en una cuestión técnica. ¿A qué te referís con eso?

G: La formación en términos del uso de recursos está comprobado que no necesariamente influye en poder pensar las prácticas con esos recursos: un docente aprende a usar una herramienta como Padlet, Genially o el mismo Powerpoint; sin embargo, de ahí a poder pensar el uso de esa herramienta con fines didácticos, hay una distancia larga. Para mí, dentro de la formación, hay algunas cuestiones que hoy deberíamos sentarnos a pensar. Por ejemplo, una de mis preocupaciones tiene que ver con quién es el sujeto que hoy es nuestro estudiante, en términos de cómo ese sujeto hoy construye conocimiento, cómo ese sujeto escribe hoy,

qué produce hoy ese sujeto, cómo las prácticas tecnológicas que atraviesan a estas personas han alterado también sus formas de lectura, sus formas de escritura, sus formas de oralidad. Esa comprensión me parece que es un elemento sustancial para pensar nuestras prácticas, y ese es un abordaje desde una línea sociocultural.

Para pensar los jóvenes o no tan jóvenes, es necesario reconocer qué consumen y qué hacen con eso. Hoy todo se consume a través de pantallas, entonces no es solamente la mediación de la pantalla, sino qué hay del otro lado. Nuestros estudiantes universitarios –no sé qué pasará en el nivel superior no universitario– estudian con Youtubers, o sea, cuando tienen una duda, muchos de ellos van a consultar a sus referentes, que son Youtubers de distintos campos disciplinares, algunos hasta son divulgadores académicos. Ahí hay algo que me interpela y me parece que es interesante empezar a mirar: ¿cómo se lee hoy? No podemos seguir pensando que se lee de la misma manera que se leía cuando yo era estudiante. ¿Qué pasa con la linealidad, qué pasa con la secuencialidad? Cuando hacemos un *zoom* en la pantalla, ¿qué pasa con el espacio de la pantalla que no es lo mismo que una página? Entonces ahí hay cuestiones del orden sociocultural, y también del orden cognitivo, que a mí me parece que es importante pensar, porque esto se vincula necesariamente con la forma de producción de conocimiento, que es nuestra razón de ser en el aula. Entonces, pensar la mediación en ese proceso de construcción de conocimiento significa tener claridad sobre cómo nuestros estudiantes acceden al conocimiento, cómo lo procesan y cómo lo producen.

Por otro lado, me parece que es importante también que podamos formarnos en tratar de comprender qué significa la convergencia de medios y la integración de múltiples lenguajes, y no estoy hablando de lo técnico, sino de nuestras prácticas educativas, que resultan de una convergencia de medios. No es solamente el aula virtual; es el aula virtual, más el celular, más distintas herramientas que tenemos, más lo que se consume en la pantalla del televisor; es todo. Entender la convergencia de los medios para entender cómo funcionan y desde ese lugar hacer una lectura más política de lo que hay por detrás de esos medios: ¿qué pasa con todo lo que se pone en la nube?, ¿hacia dónde va?, ¿quién maneja los datos? Hay ahí una mirada que no es instrumental de la tecnología, sino que es política de la tecnología. Estamos en un escenario combinado, vamos a usar tecnologías, entendamos de dónde sale la tecnología, quién la provee, qué pasa con lo que hacemos ahí adentro, qué agencia tiene la tecnología sobre nosotros. Es una lectura que pasa por una mirada más política de la tecnología, y por una mirada más desde la filosofía de la técnica. Entiendo que los docentes tenemos que empezar a formarnos desde ese lugar, porque es un modo de empoderarnos en tanto empezamos a comprender cómo funcionan. Porque estas tecnologías, y esto lo dicen quienes son expertos, son cada vez más opacas, funcionan más como caja negra. Nosotros sabemos lo que ponemos en Google y no sabemos ni a dónde va, ni por qué me presenta lo que me presenta, no somos conscientes de cómo estructura mi pensamiento lo primero que me aparece. Hay que empezar a entender de qué se trata, porque es el único modo en que vamos a poder ser sujetos críticos en lo que usamos.

Entonces, a mí me parece que esa es otra línea de formación actual de los docentes, de todos los ciudadanos, y algo que para mí es una preocupación es pensar en la alfabetización en

inteligencia artificial. Creo que los docentes sí tenemos que dar un paso más hacia pensar la alfabetización en inteligencia artificial, no porque tengamos que programar, pero sí porque tenemos que ser sujetos críticos, tenemos que poder entender qué son, cómo funcionan; tendríamos que poder evaluar qué vamos a usar con nuestros estudiantes y qué no, y entender que nuestros estudiantes las usan sin que nosotros se las demos, y esto va a tener consecuencias éticas en el marco de nuestras profesiones también. Creo que es una línea que hay que tomar para empezar a pensar en estas cuestiones y acompañar a los docentes también en esto. Hoy el docente está interpelado por el chat GPT, ¿por qué? Porque justamente los modos de evaluación convencionales pueden ser resueltos relativamente a través del chat. Entonces, si tus estudiantes van a usar el chat, además de cambiar la consigna de evaluación, deberías empezar a pensar o entender qué es el chat, porque tus estudiantes lo van a usar cada vez más, y buscar herramientas que aporten a pensar, en tu campo disciplinar, ¿por qué no incluirlas vos también en tu propuesta de enseñanza? Bueno, ese proceso hay que empezar a darlo.

E: Me parece muy interesante lo que traés del chat GPT. Entender cómo funciona implica repensar toda la propuesta de enseñanza, y por eso traía la pregunta tuya de por qué no es técnica solamente la formación docente, sino que implica otros debates que son políticos, que son pedagógicos, que nos obligan a repensar cómo aprende el sujeto con todas estas nuevas tecnologías a su disposición.

G: Y además, hay otra cosa que me surge de lo que estás diciendo: hay algunos autores que, aun en los escenarios combinados, dicen, no todo tiene que ser digital, porque si no, también nos creemos que ahora todo está atravesado por lo digital, y si bien todo es híbrido, porque – en algún sentido– todos nuestros modos de funcionamiento ya son híbridos, hay cuestiones que se deberían poder pensar para un espacio donde solamente sea un encuentro de cuerpos y donde lo que medie entre nosotros sea el diálogo, la escucha. Esto de la invasión de lo digital en todo también tiene que ver con una lógica que es externa, es una lógica que de algún modo no viene desde la educación, sino que viene de las corporaciones que venden tecnología, o que quieren instalar la tecnología en todos los ámbitos de nuestra vida. Si nosotros podemos discriminar para qué tecnología, qué tecnología, cuándo, quizás seamos más autónomos para decidir cuánta tecnología usamos y cuándo no necesitamos, pero eso también implica esta formación más crítica. Algo que ha pasado después de la pandemia es que –decimos nosotros los que nos dedicamos a estos temas– tenemos que desandar un camino que es el del ilusionismo tecnológico, porque pareciera que las herramientas te resuelven todo. Volvimos a caer en un problema con el cual siempre trabajamos los pedagogos que nos dedicamos a esto, que no es la herramienta la que te va a resolver el problema, sino pensar la propuesta pedagógica y el sentido que le quieras dar a esa herramienta.

E: Vuelvo a lo que vos planteabas en torno a problematizar el sujeto de aprendizaje en términos sociales y culturales. Hay una pregunta a instalar que es por el sentido, el para qué, cómo usamos las tecnologías, que también refiere a formar un ciudadano; si no, parece que es una cuestión técnica de aprender aplicaciones. Es decir, preguntarnos por un sentido más político y pedagógico de esa formación.

G: Hay otra cosa que planteamos los que nos dedicamos a estos temas: que ese uso que vos decís va a estar dado también en gran parte por la capacidad, la profundización con que ese docente maneje su campo disciplinar. O sea, hay una relación directa entre el abordaje que se hace del contenido y la posibilidad real de entamar ahí recursos tecnológicos. Entonces, cuando me han preguntado qué necesita saber un docente, tiene que saber mucho su disciplina, punto inicial. Las investigaciones en el campo de la didáctica muestran que aquellos docentes que están en posibilidades de pensar de modo creativo sus prácticas de enseñanza con tecnologías son aquellos que tienen una gran fortaleza en su campo disciplinar. Entonces pueden enseñarlo en una dirección, pueden enseñarlo en otra dirección, no le tienen miedo a que el estudiante se dispare por un camino diferente, porque las tecnologías en las prácticas de enseñanza son eso.

Si estoy dispuesta a incluir la tecnología con un sentido genuino, es porque voy a sumar la lógica de la tecnología, que es una lógica hipertextual, multimedia. Entonces, si yo les pongo un video a mis estudiantes, ¿estoy dispuesta a aceptar las interpretaciones que surjan de ese video?, porque ese video seguramente va a disparar a múltiples reflexiones que no necesariamente yo como docente las pensé; no es lo mismo procesar un texto que procesar un video, el video puede disparar hacia cuestiones más divergentes que quizás un texto. Por supuesto, todo depende del texto y del video, pero quiero decir, ¿estoy dispuesta yo como docente a esa diversificación? Si soy una docente que me siento segura de mi disciplina, voy a estar mucho más receptiva y abierta y con posibilidades de capturar esa diversidad en pos de lo que quiero construir. Entonces, hay ahí un factor desde una mirada didáctica en la inclusión de la tecnología, que tiene que ver con cómo el docente se posiciona en su campo disciplinar.

Agradecemos la generosa colaboración de Gabriela Sabulsky cuyas palabras nos invitan a la reflexión sobre las demandas y desafíos que la inclusión de la tecnología nos impone en el marco de los nuevos escenarios de modalidad combinada.